



«La Fortuna es perversa para aquéllos; para éstos es benigna.»



«Representa a un guerrero o jefe de tribu al frente de sus huestes, postrado a los pies de un Sumo Sacerdote judío».
(Fotos Loygorri)

Bien pudieran pertenecer a dicha serie estos tapices de la Diputación, uno de los cuales lleva las iniciales de Franz Van den Hecke.

La orla es la misma, con mínimas diferencias, en los dos tapices: una fantasía de guirnaldas de flores y hojas, que en la parte inferior alternan con frutos; en el de Juan Francisco Van den Hecke (núm. 1), abundan más éstos que aquéllas. En las esquinas bajas, dos aves exóticas y otras dos en el centro respectivo de las partes laterales. En el centro de la superior, escudete con rótulo latino explicativo de las escenas.

Tapiz 1.º (8.º de la colección): Tamaño: 6 × 3,75. Marca: B-B. Firma: Ian Francis Van den Hecke.

Rótulo: EST INMOTVS HOMO SORTEM PATIENTIA CALCAT (El hombre tranquilo, con paciencia domina la suerte).

Alegoría de la Paciencia, virtud por la que el hombre soporta resignadamente los males y llega a dominar, por fuerza de voluntad, a la caprichosa Fortuna.

En campo abierto, la Paciencia pisotea la Suerte, derribada por tierra y con los ojos vendados para representar su ciego antojo. Contemplan la escena dos figuras de hombre y una de mujer. Al fondo, un hada o ángel, con espada y escudo, persigue a unos genicillos desnudos que portan en sus manos un cetro y otros signos de poder y riqueza. Sobre ellos vuela Cupido, con arco y flecha.

Tapiz 2.º (9.º de la colección): Tamaño: 3,65 × 4,40. Marca: B-B. Firma: F. V. H. (Franz Van den Hecke).

Rótulo: PERVERSA EST ILLIS, ISTIS FORTUNA BENIGNA EST (La Fortuna es perversa para aquéllos; para éstos es benigna).

Aquí la alegoría representa a la diosa Fortuna, con

los ojos vendados, aunque sin la clásica rueda o globo a sus pies. Viene por el aire, dejando caer monedas, joyas, coronas reales y de laurel, etc., sobre un grupo de personas de diferente condición: un rey, con turbante y manto, y a su lado su esposa, ven caer sobre ellos una corona real, cetro y joyas; un soldado y un labrador, que ha dejado en tierra su útil de trabajo, alzan sus brazos para alcanzar la corona de laurel y la bolsita de dineros que les viene de lo alto. Entre las piernas de estos personajes principales, un hombre arrodillado recoge afanoso las monedas caídas en el suelo, y tras él aparece el rostro de otro que mira hacia arriba. A la derecha del tapiz, en lejano término, paisaje en el que se ve una pareja de enamorados, ausentes a cuanto ocurre a su alrededor, y un caminante medio tumbado en el suelo, que parece tullido y abrazar una muleta.

Tapiz aislado: Número 10 y último de la colección.

Tamaño: 4,05 × 4,70. Carece de marca, firma y rótulo.

Orla de guirnaldas de hojas y frutos, con figuras de Flora y la Agricultura en las esquinas y de amorcillos en el centro de las partes alta y laterales; en la inferior, escudete muy parecido al de los tapices de la descrita serie «Julio César».

La figura central es un jefe de ejército o tribu que, al frente de sus tropas armadas, hinca rodilla en tierra ante un sacerdote y sus acompañantes. Si nos fijamos en la mitra del personaje religioso, hemos de deducir se trata de un Sumo Sacerdote judío, con la típica lámina en la frente, lámina que llevaba la inscripción «La Santidad es en el Señor». El casco del sumiso guerrero tiene ceñida una corona. Se trata, sin duda, de una escena bíblica del Antiguo Testamento.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLÉS



TRADICION DE LA HERRERIA ESCURIALENSE



LA Herrería, ese espacio de bosque y peñascos, a los pies del Monasterio, llamada así porque durante la construcción de éste se utilizó para las muchas fraguas que trabajaban, tiene su leyenda, una leyenda que seguramente no conocerán los miles de visitantes de este bello paraje escurialense, uno de los más bellos que en España se puede encontrar, sobre todo en cuanto a la perspectiva que ofrece desde la Silla de Felipe II —otra de las buenas tradiciones que la señalan como observatorio del Monarca durante la construcción del monumento— tanto la propia maravilla herreriana, adonde mira, como el paisaje en su torno, cara a las crestas guadarrameñas como hacia la llanura estática, con la suave policromía en que apenas el bosque es una variante de sombras, los montes verdigrieses, salpicados de la blanca arquitectura de los hotelitos, la clásica fachada de la obra filipense, rubia cuando el sol la dora, constituye un conjunto de impresionante fuerza estética.

La leyenda de este paraje es rancia, vertida solamente por la viva voz de los que lo han oído contar, sin tener la referencia impresa. Toda la Herrería está vinculada a la Virgen de Gracia, mejor, a la tradición de la Virgen de Gracia. Y la leyenda en torno a ella merece ser conocida.

Cuando los hombres a quienes había encomendado Felipe II elegir el emplazamiento del futuro Monasterio dieron con una ermita en la parte alta de la Herrería surgió esa misteriosa leyenda. En tal ermita adoraban unos ermitaños a una imagen de la Virgen, situada entre las rocas. Esta imagen es la venerada hoy y conocida por Virgen de Gracia. Por eso al paraje del hallazgo se le conoce por "Los Ermitaños" y se halla en el cerro llamado Machota. Es curioso que en la cima de este monte parece verse la silueta de un ermitaño orando, figura formada caprichosamente por unas peñas. Pero lo más curioso está en otra peña de la parte inferior de la misma montaña. Se trata de la huella de una pisada de pezuña, medio de hombre y medio de cabra, incrustada en la roca, a la cual se le conoce por "La pisada del diablo". La leyenda formada en torno a esta misteriosa señal es la siguiente:

Había hace bastantes siglos en el citado sitio una ermita donde moraban los referidos ermitaños y adoraban a la imagen de que hemos hecho mención.

Para su subsistencia, tales ermitaños poseían cabras. Como buenos ermitaños eran pobres, y solamente la leche y las plantas silvestres que por allí se dan, algunas frutas, por ejemplo castañas, de las que ha abundado el lugar y por ello hay una finca que se llama "El Castañar", eran los víveres de que disponían. El cuidado de las cabras correspondía a cada uno de los ermitaños, por turno. Cierta día estaba el de turno a su cuidado mientras comían las hierbas y arbustos, cuando se hizo de noche y comenzó a reunir el rebaño para llevarlas a encerrar. Las contó y pudo comprobar que le faltaba una.

El buen hombre hizo cuanto pudo por hallarla. La llamó, la buscó, mas sin resultado. Revolvio las malas y las brañas, se introdujo por las veredas, escudriñó cuanto la noche le permitía. Y se imponía el regreso. Su apuro era de angustia. Esperaba la recriminación de los restantes hermanos ante una pérdida para ellos tan importante, los reproches justificados a su escaso cuidado. Rezó, imploró a lo Alto. Sin resultado. En medio de su angustia, no se le ocurrió otro remedio que invocar al diablo:

—Satanás: Si me devuelves la cabra, yo te doy mi alma.

Apareció de súbito el propio diablo en persona.

—Mira —le dijo—, si quieres volver a tu ermita, ahí está la cabra; pero no te olvides de que me has dado tu alma.

Allí mismo, entre unas malas, saltó el animal extraviado. El ermitaño, de momento, no cabía de gozo; ya podía volver a su ermita sin cuidado, sin que nada pudieran reprocharle. Llegó como si nada hubiera sucedido. Mas por la noche, según se hallaba rezando en compañía de sus hermanos, la conciencia empezó a revolversele. El se había vendido al enemigo. Y allí estaba fingiendo piedad. El remordimiento pudo más que él y no pudo por menos de confesarse con ellos.

El natural revuelo se produjo entre estos hombres sencillos y piadosos. Deliberaron qué podía hacerse ante tan grave pleito. Conviniere, al fin, de que lo mejor sería que el réprobo se confesara con la propia Virgen. Mas no fué a ello solo. Los demás, andando de rodillas, también se dirigieron a la Ermita. Confesó ante la Virgen y ofreció su penitencia para recobrar el alma, aunque volviera a desaparecer la cabra. Nuestra Señora le perdonó.

Según se encontraba el mismo ermitaño al día siguiente con su rebaño en el propio silio —con la intención de devolverle la cabra honradamente a Satanás, apareció éste echando azufre por sus cuatro colmillos. Incriminó al desdichado hombre y le amenazó:

—Yo te aseguro que desapareceréis todos vosotros, los ermitaños, de aquí, y lo mismo vuestra Virgen. Y para que os acordéis, dejo aquí mi señal.

Dicho y hecho, puso su pezuña sobre la piedra y en ella quedó marcada.

En efecto, de tal ermita no queda más que la tradición, y la propia imagen hubo de desaparecer; pero no por entonces, sino mucho más tarde, cuando los rojos prendieron fuego a las imágenes de la iglesia parroquial de San Lorenzo, adonde se había trasladado.

Mas la advocación subsiste. Otra imagen ha suplido a la destruida y otra ermita a la desaparecida; pero no en el antiguo emplazamiento, sino en la llanura de la misma montaña donde estuvo situada. En el segundo domingo del mes de septiembre se venera a la imagen con ceremonias religiosas y una romería que va ya adquiriendo la pátina de la tradición. En la mañana del referido domingo, cuando las detonaciones despiertan en el alba al vecindario para que acuda al Rosario de la Aurora, ya está todo listo. Serpenteando por esos caminos de la Herrería, hacia la ermita, miles y miles de personas componen una estela de lucecitas tras la Virgen de Gracia.

Poco después comienzan a llegar las carrozas de los pueblos comarcanos, salidas de ellos a la hora temprana, camino del santuario por las carreteras silenciosas adelante, al paso tardo de los bueyes. Engalanados los carros de ramas retamales, flores y muchachas autóctonas, unas; otras, también, veraneantes ataviadas con el tipismo guadarrameño; más tostadas, más morenas, naturalmente, las hijas del asfalto. Los vistosos trajes y los aderezos que vienen desde tiempos antañones, con sus refajos, vuelos, pañuelos, collares, que cuesta trabajo creer se den a sesenta kilómetros de Madrid, hasta tanto que alguien que lo desconozca, aun dotado de cultura turística, aseguraría que se trataba de indumento de tipismo extremeño, de Segovia, Salamanca, Zamora o Toledo. Y en un tren de cercanías, a una hora escasa de la capital, se puede ver. Santa María de la Alameda,

Robledondo, Las Herrerías, Peguerinos, pueblos, casi todos, de esta provincia central.

Bailan las serranas y los serranos, autóctonos o adoptivos, el "rondón" —una especie de jota serrana—, según acompañan a sus carretas, y cantan unas canciones algo monótonas, pero vivas, ingenuas, y hasta un poquito maliciosas, como un verso del Arcipreste. Más tarde, a comer. El bosque de la Herrería se ha poblado de coches. Predomina el fastuoso, charolado, aerodinámico, y, junto a la falda volante de las serranas, el pantalón hasta media pierna de las muchachitas que van de espectadoras y que prefieren el auto a la carreta. Un día completo entre las rocas y las encinas, bajo el sol violento de Castilla, y, como fondo, el Monasterio. Un ir incesante de vehículos, que crea uno de esos problemas llamados de tráfico, el cual ha de ser regulado por municipales expertos.

Cada año cobra más auge esta romería escurialense, la única cerca de Madrid que tiene parentesco con las andaluzas y gallegas. Mas ésta conserva su peculiaridad reciamente castellana, con el son de la dulzaina y el tamboril, fino y acompasado, que unos hombres con traje pardo —el color de las prendas de vestir de la comarca, como lo es del paisaje— hacen sonar para remover a la sangre joven y dar ritmo a sus pies. Bailan, cantan y beben. Y, entre trago y trago y paso de danza, un requiebro, al que más tarde podrá añadirse:

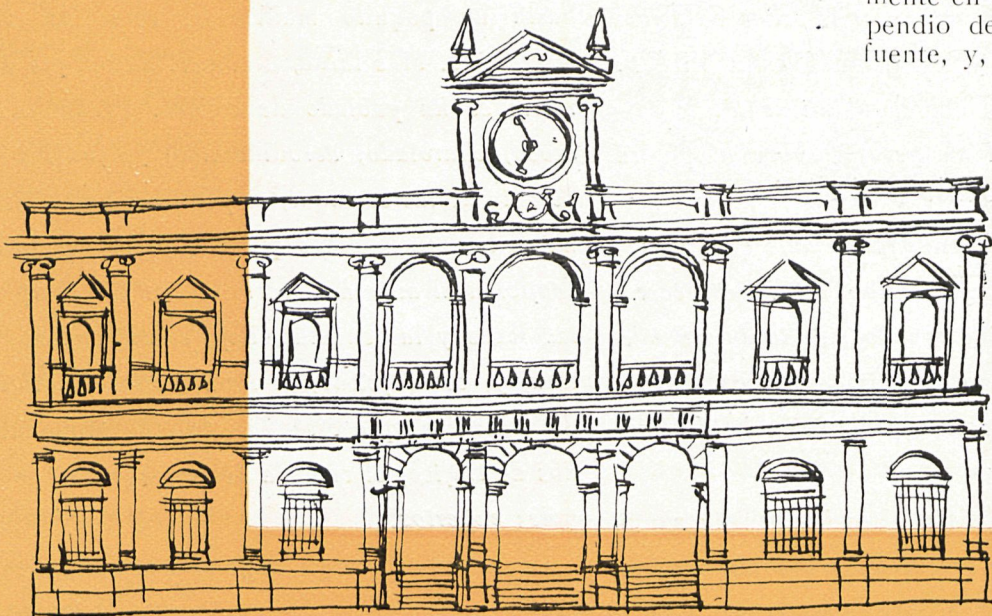
—Y si tus padres fuesen gustosos...

Anochecido se organiza la procesión. Los cuerpos jóvenes tienen resuellos para proseguir la danza entre dos luces, y cuando la Virgen pasa bajo el arco de la Universidad, y de cara a la sombra gigantesca del Monasterio, hay un temblor de emoción que se expresa en vitores. Se introduce por las calles del pueblo escurialense, con el acompañamiento del vecindario, la colonia, los llegados de fuera, un gentío que hace problema a la capacidad de las vías locales. Allá van las carrozas premiadas luciendo sus trofeos, otorgados en la misma pradera, antes de organizarse la procesión. Hasta que la Virgen entra en el santuario y todo acaba con un "hasta el año que viene"...

Una añeja leyenda ha producido una tradición joven. Ello sobre ese escenario que habla de Historia: La Herrería, tapiz a los pies del monumento filipense.

JOSE ALVAREZ ESTEBAN

HASTA en la más escondida aldea se procuró siempre poner a disposición de sus habitantes el agua y la hora; generalmente en la plaza, símbolo y compendio del pueblo, se levanta la fuente, y, en el frontis del Ayun-



NAND

